

Marguerite Yourcenar y sus enigmas

Por CARLOS PUJOL

MUY cerca aún del centenario de Simenon, se cumplen ahora cien años del nacimiento de Marguerite Yourcenar. Belga también, podría pensarse, porque nació en Bruselas, propiamente francesa, desde luego cosmopolita, y también, incluso de nacionalidad, norteamericana. Esta es una de sus numerosas incertidumbres, como la de su nombre, ya que Yourcenar es un anagrama de su verdadero apellido, Crayencour.

¿Qué país era el suyo, y en qué época le hubiera gustado vivir, porque sus novelas más famosas se sitúan en el pasado? Con protagonistas, habitualmente masculinos, en los que mezcla la invención y la realidad, como en las memorias apócrifas de Adriano; y su costumbre de maquillar datos de su propia biografía delata también una especie de incomodidad de ser quien era.

Al igual que Virginia Woolf, de quien tradujo *Las olas*, o que Colette, con mayor libertad en el manejo del francés, fue más escritora que novelista; sutil y refinada, como Henry James, de quien tradujo un relato de tema significativo, *Lo que Maisie sabía*, el punto de vista de una niña ante la extraña dureza del mundo que la rodeaba. Mundo al que alude muchas veces con la metáfora del «abismo».

Habló hasta la saciedad -con curiosas reservas y retoques- de sí misma: de su familia rica y encopetada, los De Crayencour, de la muerte de su madre a los pocos días de nacer ella, y de las ambiguas relaciones con el padre, volátil y contradictorio, cómplice intelectual, muy mujeriego, que murió arruinado en 1929. Sabemos de su pasión por la antigüedad clásica, y que su refugio era la intimidad de sus inquietudes y su lengua, que preservará como un tesoro

durante tantos años de vivir en el extranjero.

Una vida nómada («no somos de aquí, nos vamos mañana», recuerda que decía su padre), Inglaterra, Suiza, Grecia, Italia, publicaciones juveniles influidas por Gide, y episodios sentimentales como el de su amor imposible por André Fraigneau, escritor inteligente y brillantísimo que la ayudó a darse a conocer, y que era homosexual.

En los años treinta no quiso tomar partido político, argumentando que eso la obligaría a adherirse a un partido, y en su correspondencia con el converso Charles Du Bos se declara muy ajena a la fe católica, de la que dice no obstante que es «uno de los más hermosos sueños humanos». Y en 1937 conoce en París a una norteamericana de su misma edad, Grace Frick, que se convertiría en su inseparable compañera.

Al iniciarse la segunda guerra mundial se traslada a los Estados Unidos, y su estancia allí va a ser definitiva. Será el mejor periodo de su literatura. Desde lejos, en el espacio y en tiempo -recreando fantasmas del Imperio romano o del Renacimiento-, se ve con mayor claridad, ésta podría ser su lección. Y ya al borde de la vejez le llegan los máximos logros con los que pudo soñar.

Premios, críticas elogiosísimas, múltiples traducciones, ventas extraordinarias, su obra en la Pléiade, como un clásico viviente; y en 1981 fue la primera mujer que ingresó en la Academia Francesa. Nunca hubo un académico tan remoto en la geografía. Ella había escrito: «Toda vida lleva en sí un fracaso, y la gloria, cuando llega, sólo lo evidencia un poco más».

En la década de los cincuenta, en la que también contribuye al conocimiento de Cavafis, aparecen sus «Memorias de Adriano» (1951), que llegarán a tener celebridad mundial. No como un trabajo de arqueología literaria, ni como ficción de intrigas novelescas, sino más bien como una reflexión acerca del vivir y el amar, cómo ser felices y el anuncio de una próxima muerte, en la que el viejo Emperador quiere «entrar con los ojos abiertos».

Una novela sobre el pasado que nos explica. Esto es muy suyo, el ayer ha de reconstruirse -esmeradamente, porque la buena educación y la elegancia son

siempre recomendables- para la averiguación de nuestra vida, buscando a toda costa la lucidez. Adriano es «más libre y más sumiso de lo que se atreve a ser la mayoría», libre para hacer preguntas, y sumiso a la inesquivable realidad. «Una filosofía desengañada y decorativa», según la ácida opinión de Fraigneau.

Opus Nigrum, que en la primera traducción española de 1970 se titulaba El alquimista, es de 1968. Ambientada en el siglo XVI, aspira a ser una síntesis de un tiempo de crisis, el de Paracelso, Erasmo y Rabelais, modelos parciales del Zenón de la novela: un bastardo, el «aventurero del saber» que se esfuerza «cada día en pensar un poco más claramente que la víspera», porque hay que ser «más que un hombre».

Humanista, filósofo, alquimista, médico e inventor, es alguien solitario y orgulloso, ávido de conocimientos y de libertad, negándose a elegir entre «el Sí inane» de la tradición y «el No imbécil» de los que se proponen arrasarla. Su vida es así la búsqueda de una verdad peligrosa, difícil, tal vez inaccesible, pero que es la única empresa que puede justificarnos.

En los años finales de Marguerite Yourcenar, los de su tardía consagración como escritora, hay dos muertes que ponen a prueba su vitalismo, que le parecen insoportables: en 1979 la de Grace Frick por el cáncer y en 1986 la de su joven secretario Jerry Wilson, enfermo de sida. La anciana escribió: «No creo lo que ellos creen, no vivo como viven, no amo como aman. Moriré como ellos mueren». Y también a modo de confidencia: «Debe de existir un paraíso en alguna parte».